Seminario

OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Año VI. - N.º 40 SEMINARIO CONCILIAR DE BARCELONA Abril 1945

Diez sacerdotes más. ¡Aleluya!

Gozosa puede estar la Iglesia de Barcelona de su fecundidad: diez retoños de olivo brotaron alrededor de la mesa eucarística anunciando la paz del reino de Cristo a los hombres de buena voluntad.

Como en años anteriores volvimos a recordar, en la fecha de la ordenación, aquella idea de Benedicto XV: "El Seminario es el corazón de la Diócesis." Al compás de sus latidos vivificadores, de nuevo volvió a conmoverse la Diócesis de Barcelona al recibir el empuje de la savia fresca de los nuevos ministros del Señor, dispuestos a trabajar en la viña del Padre de familias. No pudiendo contener las ansias de ganar para Cristo todas las almas, y superándose a sí mismo, quiso el Seminario entregar los nuevos sacerdotes a la Diócesis tres meses antes de lo que acostumbraba hacer antiguamente: es el corazón impaciente de la madre que estalla en un delirio de amor para con sus hijos; es el Seminario, que, ante las apremiantes necesidades espirituales, ante la tierra reseca de bendiciones divinas, quiere enviar cuantos pueda de sus miembros ya formados para ayudar con sus

El Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo y los nuevos sacerdotes, ordenados el día de San José.

ministerios en las parroquias de nuestra muy amada Diócesis. Cada domingo saldrán los nuevos obreros de la viña a sembrar la buena nueva por esos mundos de Dios...

Pero para lograr su formación, para lograr aquella formación espiritual e intelectual que requiere tan elevado ministerio, ¡qué de sacrificios, qué de privaciones, por parte de nuestro Seminario! Por esto, si, como se dice, la madre es más tiernamente amada por los hijos porque más sufrió y se desveló por ellos, el Seminario, que a modo de madre cuidó de nuestra formación a costa de sacrificios y privaciones sin cuento, será para nosotros objeto de nuestro cariño y agradecimiento filial.

A nuestro amadísimo Sr. Obispo, a nuestros muy amados Superiores y Profesores y a cuantos con sus oraciones y sacrificios contribuyeron a formarnos sacerdotes según el Corazón de Jesucristo, nuestras más expresivas gracias y una promesa de no olvidarles en nuestras oraciones, de un modo especial cuando ofrezcamos al Padre la Hostia pura, santa e inmaculada, Víctima de propiciación por los pecados del mundo.

LOS NUEVOS SACERDOTES

OTRA CAMPAÑA

Es tema corriente de conversación el considerar las grandes dificultades de todo orden que va a ofrecer, en un futuro próximo, la reconstrucción de un mundo salido de la mayor de las calamidades, cual es la guerra actual. Y por cierto que en este resurgir del mundo, al lado de las terribles ruinas materiales que por doquier muestran su aspecto desolador, hay que pensar en estas aun más desoladoras ruinas espirituales, de consecuencias mucho más funestas, cuya reconstrucción no va a ser obra de una sola generación en gigantesco esfuerzo, sino de la lenta, eficaz y oscura tarea de personas santas, de alardes desconocidos de heroica caridad.

Fuera de la Iglesia no hay salvación posible, dice una conclusión apologética, y ello cabe entenderlo ya en el orden temporal, ya en el orden eterno, como explícita o implícitamente lo ha afirmado tantas veces Pío XII dirigiéndose a todos los hombres, haciendo llamamientos a la fe de los pueblos para que no acudan a buscar la paz donde no podrían encontrarla, mostrando como única tabla de salvación la verdad que señala la doctrina social católica.

La Iglesia es ciertamente la mensajera de la paz; lo ha sido durante la guerra, como lo manifiesta el brillante testimonio de la actuación del Papa, y lo será también después de la guerra, cuando la doctrina de la caridad universal, cristalizada en esta magna concepción del Cuerpo Místico de Cristo, será, en boca de sus sacerdotes, bálsamo que cure tantas heridas de odio en todo el mundo.

Pero hemos de considerar el problema que se presenta a la Iglesia ante esta nueva evangelización del mundo a causa de la escasez de estos mensajeros de paz, cuyas filas han quedado notablemente mermadas en muchos países, llegando en alguna cristiandad, modelo de la Iglesia, a desaparecer casi totalmente la clase sacerdotal.

Triste panorama ofrece un mundo con gran falta de sacerdotes, consecuencia de las más funestas del conflicto mundial, que, por otra parte, trae consigo la casi anulación del remedio para esta crisis al impedir el fomento y desarrollo de lo que siempre ha constituído la mejor esperanza de la Iglesia: las vocaciones sacerdotales.

Por esto, para remediar esta crisis, cuya gravedad nos haría temer por el futuro de la cristiandad si no contáramos con el auxilio divino, el Apostolado de la Oración, en este mes de abril, señala a sus millones de socios la necesidad de elevar sus oraciones al cielo, formulando cada día aquella petición que el Papa ha bendecido, aprobado y hecho suya durante el mes: "Que no dismnuyan las vocaciones sacerdotales ante las actuales pérdidas de la sociedad cristiana."

Esta debe ser también para nosotros la consigna actual, consigna que ciertamente vivimos todo el año los que tan ligados al sacerdocio y al Seminario nos sentimos, pero más aún ahora que la Iglesia lo recuerda a todos los cristianos del mundo. Recién salidos de nuestra Campaña pro Seminario, cuyo fin principal ha sido el aumento y conservación de las vocaciones sacerdotales, entremos con más entusiasmo, si cabe, en esta otra Campaña pro Seminario Universal, para que no falten vocaciones sacerdotales, para que abran de nuevo sus puertas todos los Seminarios; en fin, para que los seminaristas que están en los campos de batalla guarden intacta la flor de su vocación y, cambiando las armas por los libros, se preparen para aquella reconstrucción universal que comentábamos al empezar.

Finalmente, quépanos la gran satisfacción de comentar el que nuestra Diócesis, a más de colaborar en esta gran empresa espiritual pro vocaciones, va a prestar también su ayuda material y moral, ya que, por voluntad de nuestra Excmo. Sr. Obispo, el Seminario de Barcelona quiere abrir sus puertas para acoger a los seminaristas de otras naciones, a fin de que encuentren entre nosotros aquel ambiente y aquellas facilidades para formarse, que no podrían hallar en sus Seminarios destruídos y en sus naciones desoladas. La noticia ha trascendido ya, y puede que sea realidad cuando lo permitan las circunstancias; de momento, el Sr. Obispo ha recibido una carta del encargado de negocios de Polonia, en la que le patentiza el agradecimiento de dicha nación por su caridad hacia los seminaristas polacos.

Sólo nos toca ahora a nosotros el secundar con todo entusiasmo la iniciativa del Sr. Obispo. A trabajar, pues, empezando de nuevo otra Campaña de oraciones y de sacrificios, siendo ahora nuestro lema muy semejante, pero más amplio, más universal que el que hasta ahora hemos voceado por toda la Diócesis: Jesucristo y su Iglesia, único camino de salvación para las naciones. Ayudemos a los seminaristas de todo el mundo, futuros sacerdotes de Jesucristo.

BODAS DE PLATA

En las familias hay gran regocijo cuando a alguno de sus miembros le ha sido concedida alguna distinción. Los hermanos pequeños se alegran de los honores conferidos a sus hermanos mayores, sienten en su corazón algo también de aquel honor.

No podía pasar, pues, silencioso el acto que celebraron en nuestro Seminario un grupo de sacerdotes que se reunieron para conmemorar un fausto aniversario, sus Bodas de plata sacerdotales.

Recordemos, aunque de paso, los nombres de estos dichosos sacerdotes:

Rdo. D. José Casanovas Casanovas.
Rdo. D. Juan Giralt Tuixans.
Rdo. D. Francisco Griera Gaja.
Rdo. D. Ramón Martí Sagarra.
Rdo. D. José Piquer Puig.
Rdo. D. Manuel Rigau Bou.
Rdo. D. José O. Roig Piera.
Rdo. D. José Vivó Llupiá.

Quisieron de alguna manera recordar aquella su Primera Misa. Empezaron, pues, implorando las luces del Espíritu del Amor con el canto del Veni Creator. Terminado el himno se dirigieron a sus respectivos altares, celebrando privadamente la santa Misa. Finalizado ya el santo Sacrificio, volvieron a reunirse frente al Altar Mayor, donde se cantó un solemne Te-Déum. Terminó la emocionante ceremonia con el besamanos. No podía faltar tampoco en esta fiesta de dulces recuerdos un memento para aquellos que consumaron el sacrificio de sus vidas en aras de su deber sacerdotal, cantándose un Responso para el eterno descanso de sus almas.

Hubiera querido, por un momento, penetrar en el corazón de cada uno de aquellos sacerdotes y escuchar allí, atento, sus latidos. ¡Cuántos recuerdos de dolor y también de gozo! ¡Cómo recordarían en este día los muchos sacrificios de su vida sacerdotal y cómo sus corazones serían como un ascua encendida de amor agradecido al Dios de las Misericordias!

Nosotros, los seminaristas, quisimos asociarnos también a la fiesta, y aun cuando estábamos de vacaciones, nos reunimos un buen número para tributar nuestro más rendido homenaje a aquellos venerables Ministros del Señor. Nuestros cantos se juntaron a sus plegarias, y unos y otras llegarían al trono del Altísimo como suave aroma de incienso.

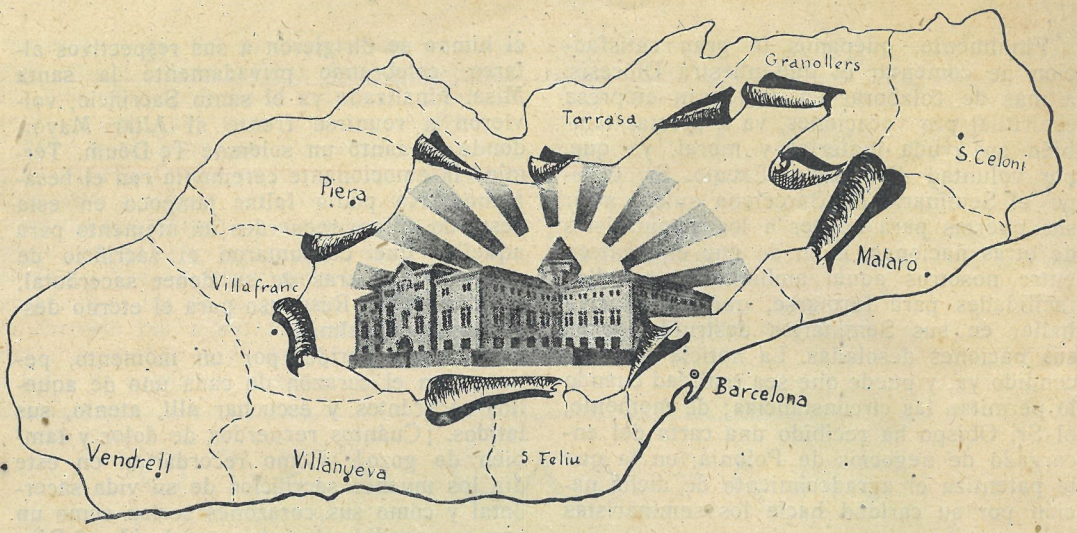
Tal fiesta, celebrada en un martes de Pascua, cuando aun resonaba en la Liturgia el jubiloso aleluya, dejó en nuestras almas la alegría del Sacerdocio de Cristo que se reflejaba en el rostro de aquellos sacerdotes que gozosos celebraban sus Bodas de plata sacerdotales.

J. C.

Exposición Mariana

La Sección de Mariología, con la cooperación de todos los seminaristas, ha organizado una exposición mariana para el próximo mes de mayo, a fin de obtener un mayor aumento en la ya especial devoción que tiene este Seminario a la celestial Señora, con el conocimiento más completo de sus privilegios, de la difusión de su culto y de la variedad y multiplicidad de sus advocaciones, así como del número de Ordenes y Congregaciones religiosas que de un modo particular la honran.

Han ofrecido su colaboración a esta exposición muchas de estas Congregaciones, tanto de varones como de mujeres, prestando generosamente para la misma el material que poseen. Muchas bendiciones recibirá este Seminario y todos los que participan en esta obra de la generosa mano de la que es el Acueducto de todas las gracias.



El Seminario, corazón de la Diócesis

No es nueva la frase, ni es ésta la primera vez que se dice tal cosa del Seminario.

Ya lo dijo Benedicto XV, y muchas veces quizá lo habréis oído repetir; por esto precisamente será oportuno que fijemos nuestra atención, una vez más, en ellas, ya que es inherente a nuestra pobre condición de mortales el que dejemos de dar importancia a las grandes verdades a fuerza de oírlas repetir y de hacérsenos familiares.

Ciertamente que es una metáfora. Pero no toda metáfora, por ser tal, deja de pertenecer a la realidad de la cosas. Es más, tiene tanto de real esta expresión, que me atrevería a decir que es, no una mera forma de dicción más o menos elegante, sino una realidad tangible.

Así como un hombre no puede vivir sin corazón, no se puede concebir una Diócesis, una comunidad de cristianos, sin su Seminario, sin aquel órgano vital del cual, como del corazón brota la sangre, salen sin cesar los ministros de Dios, que han de llevar a todos los miembros de este cuerpo diocesano la vida de Cristo.

Y del mismo modo que todo hombre en posesión de su sano juicio ama, guarda y alimenta a su corazón según aquello de la Escritura de que "nadie odia su vida". Así todos nosotros, los que nos sentimos miembros de este cuerpo o de este miembro, si queréis del Cuerpo Místico de Cristo, que es nuestra Diócesis; si queremos ser lógicos y consecuentes en nuestros actos debemos amar, defender y alimentar a "nuestro" Seminario, y no como se respeta y guarda una cosa ajena, sino como se estima y se nutre algo propio, y muy propio.

Sí, debemos amar al Seminario como cosa muy nuestra, porque en realidad lo es, y creo quedaría solventado inmediatamente el problema de las vocaciones si todos los católicos nos convenciéramos de que el Seminario no es una entidad únicamente de la Iglesia o del Obispo, sino que aunque a ellos les toque el gobernarla ha sido fundada por nosotros, ha de ser alimentada espiritual y materialmente por nuestras oraciones y limosnas y la hemos de nutrir nosotros con vocaciones nacidas en el seno de nuestras familias.

Amemos, pues, a nuestro Seminario y a "nuestros seminaristas", a estos jóvenes que en lo mejor de su juventud sólo tienen una preocupación, un ideal —que bien nos obliga a corresponder—, cincelar, forjar su alma y su ser a lo santo según el modelo de Cristo, y disciplinar sus mentes y sus voluntades para adquirir aquel saber y querer o no querer que le cuadran al "Homo Dei", al hombre de Dios, y todo esto no para ellos, ni para tal o cual, sino para "todos" nosotros. Y si le amamos, racionalmente le defenderemos y le nutriremos. Con nuestras oraciones, puesto que bendiciones y gracias del cielo requiere tan santa empresa; con nuestro óbolo, ya que sin ser del mundo está en el mundo y de él necesita; finalmente, con vocaciones salidas del seno de nuestras familias, ya que "nadie cosechará si antes no sembrare".

(Con licencia eclesiástica) 29573 — IMP. ALTÉS.